

Menú del día

1989

Publicado en: *Revista Técnica*, nº 4, Barcelona, verano 1989.

—Escuche... ¿le importa si fumo?

—No, no...

—Perdone... ¿le molesta si opino?

—...

Primer plato

Pues sí, otra vez se habla de lo mismo. ¿O es que no apetece cada cierto tiempo un buen par de huevos fritos y patatas?

Sigue pareciéndome un desacierto la acumulación de funciones en un monte —juich— que ya tiene de por sí suficientes alicientes en Barcelona. Y, lo que faltaba, encima se esgrimen justificaciones nostálgicas como las más definitivas.

Jardines con vistas, Barcelona-puerto y mar, atracciones, museos, deportes, ferias, muertos... y se le sobrecarga con el Anillo Olímpico. Hasta los argumentos económicos —*som catalans*— hubieran pesado en la balanza para buscar otra ubicación, también en zonas a revitalizar, que las hay. Ahora la colina adquiere la silueta de una viejecilla encorvada, con el polideportivo que le han endosado por joroba. ¡Qué diferencia con la delicada cubierta ondulante del proyecto inicial de Isozaki! Me reservo el derecho de calificar lo que está a la vista —nunca mejor dicho— de todos, sobre todo entrando desde Castelldefels: que no vengan con que es un proyecto contextual. Si, por lo menos, fuera conceptual... Pues, ¿qué es? En fin, los arquitectos siempre tienen sus razones, y no sigamos.

—¡Camarero! Este plato ha llegado frío a la mesa...

Segundo plato

Museos, museos, museos... Presupuestos altísimos para sus construcciones o remodelaciones, sin ofrecer en su arquitectura nada a cambio (alguna excepción debe haber, claro).

Museos, museos, museos... Negocio en el arte, obras de ¿arte?, que se realizan ¡para museos! ¿Esto es progreso en el arte? ¡Estancamiento! Y, en el mejor de los casos, olvido en el almacén del sótano.

Museos, museos, museos... Sólo entrar, la cabeza empieza a dar vueltas y el mareo aumenta a medida que se pasa de sala en sala, para acabar con un vértigo que embota los sentidos. Ya no se capta nada más. Una vez fuera hay que recuperarse de la sobredosis. Otra como esta y no salgo de ella.

¡Basta! Los museos a la picota (por lo menos hasta que me encarguen uno, pensarán algunos). Las obras de arte —las otras no— esparcidas por toda la ciudad. Que no haya ningún rincón sin su pieza. Quien quiera verlas todas juntas que consulte una enciclopedia ilustrada. Mientras, los demás podremos disfrutarlas de una en una, aprovechando hasta su más pequeña

emisión, sin que se vea interferida por miles de ondas de las demás obras expuestas en el mismo museo.

Y con los museos, ¿qué hacemos?, ¿invernaderos?, ¿acuarios?, ¿aviarios? Bien, metamos la selva tropical, repartida a trozos, por los museos de todo el mundo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por fin un plato en su punto?

Postre

Se inaugura la exposición de arte. Todos flamantemente vestidos para la ocasión, que pintan calva. Gran recepción festiva de personalidades de los poderes políticos e invitados de prensa (cuarto poder). El grupo de autoridades competentes se muestra —políticamente— muy atento a todas las explicaciones. Detrás pasean por las salas, en animada charla, casi todos los periodistas y allegados (especialistas culturales). Son como una familia, se conocen *casi* todos. Apenas una furtiva mirada a algún objeto expuesto. Al día siguiente, todos los periódicos lucen ampulosos artículos sobre la exposición: superficialidad escrita desde la poltrona, catálogo en mano, con las zapatillas puestas mientras se sorbe un café.

Tiempo después —más escandaloso todavía— se convoca una rueda de prensa con los artistas. Quizá es la rueda de prensa “cumbre”: es el ámbito de más actualidad en el país. Se hallan presentes la totalidad de los que exponen, acompañados por los organizadores. Una veintena. En la contraposición, periodistas y allegados (especialistas culturales) presentes: en total suman ¡uno! Pero los artículos altisonantes siguen saliendo en todos los medios de comunicación.

¡Puaj!... Contaminación de las letras.

—Esta comida me va a repetir...